

LVII.

¡Y ES PROTESTANTE!

Aquella mañana descendía en la estación de Lourdes una de las primeras comitivas de peregrinos, que suele llevar allí la devoción y la primavera. Veíase á los ordenadores de la multitud devota formando hileras; á las jóvenes vestidas de blanco y coronadas de flores; á las de mucha edad y á las madres, muchas de las que llevaban consigo á sus amados pequeñitos; á grupos de relegiasas tapadas con

blanquísimos velos, ó con manto bruno; á hombres de todas condiciones mezclados fraternalmente con traje ligero, con la blusa de obrero, ó con saya campesina; por último á sacerdotes con roquete. Cada compañía tomaba sitio en el lugar prefijado, descubría los estandartes, desplegaba las banderas, enarbolaba las cruces, y entonaba los cánticos: la procesión entera movíase alegremente hacia el santuario, atravesando las calles de la ciudad. Mientras las campanas tocaban á fiesta, el pueblo se unía en tropel preguntando y respondiendo á los peregrinos, admirando las insignias, los uniformes, el número de los nuevamente venidos, y comparándolos con la multitud del día presente. Ocurre con frecuencia también que detrás de las hileras de los peregrinos viene un coche con un enfermo de faz descarnada y actitud doliente, circundado y socorrido por sus compañeros. Cada uno, al verle, lo saluda con respeto, y le dice con augurio caritativo:—¡Que la Virgen os sane!

Armado John del anteojo de larga vista, habíase puesto sobre un poyito, desde donde descubría la gruta y el camino que á ella conduce. Vió despuntar la procesión, extenderse y dar vuelta por los rodeos

de la vía; vió igualmente las banderas desplegadas al viento y los colores variados de las cotradías, oyendo también las mezcladas armonías que resonaban en todo el valle. Los prados que hay enfrente de las rocas de Massabielle llenábanse de familias y grupos, que habiendo concluido sus devociones se acomodaban sobre la yerba y á la sombra de una planta se comían alegremente los alimentos frugales que trajeran, á fin de adquirir fuerzas para el retorno. Este pueblo, por punto general del país, corría bondadoso á encontrar á sus hermanos que peregrinaban desde lejos, para darles la bienvenida con sonrisas, aplausos y vivas.

John dirigióse á su madre, y dijo:—Es necesario que nos acerquemos á la gruta; quiero ver de cerca.—Dichas estas palabras, vió nuevamente al misionero que con sobrepelliz y estola en un brazo dirigíase hacia aquella parte, ansioso también de hallarse en la gruta para recibir á los peregrinos. Señor, le dijo John: ¿por dónde podremos bajar más pronto á la fuente? Quisiera ver el arribo.

—No tengais prisa, respondió el sacerdote tranquilamente; antes de que lleguen allí pasará un cuarto de hora. Vendreis

conmigo, y haré que os coloquen á la puerta de la capilla; así, con gran comodidad, vereis cómo ruegan los católicos de fe.

—Muchísimas gracias, respondió John. Es precisamente lo que más deseo. Y poniéndose de nuevo á mirar la procesión:—Es un encanto gritó; nunca hubiese creído que podía venir á estos lugares tanta gente.

—¡Qué! dijo el misionero con ironía: serán algunos miles. Multitudes mucho mayores vemos. Hasta cuarenta mil personas y más se han reunido en estos prados. Examinando un poco la multitud, hallábanse representantes de todos los órdenes sociales. Aquí había un Obispo con su clero; allí el presidente de un tribunal con sus amigos; en otro lugar, un general con sus oficiales; no lejos un legislador de la Asamblea nacional con su mujer y sus hijos; por todas partes grupos de amigos, reuniones de devotos, colegios de jóvenes, diputaciones de pueblos y de sociedades, parroquias enteras con sus párrocos á la cabeza; jóvenes briosos, viejos encorvados sobre su bastón; literatos, médicos, periodistas, muchachos y muchachas con sus jefes de familia; y sobre todo pueblo; pueblo de la

ciudad y de la compañía, cuyos variados trajes hacían reconocer sus provincias nativas. Toda esta multitud de peregrinos ansiaban de corazón poner sus labios en la fuente milagrosa, y orar delante de aquella gruta donde la Reina del cielo había conversado familiarmente con una pobre pastora.

—Y esto, ¿pasa con frecuencia? preguntó John.

—Algunos días del año. Aquí no asombra ver que suceda una procesión á otra procesión, un grupo á otro grupo, y una multitud á otra multitud: todos con alegría se saludan recíprocamente, se confunden y hermanan como amigos, uniéndolos el vínculo de una propia fe, de una propia piedad y de una propia plegaria. Así pasan el día, reinando en Lourdes aquella frase antigua: "La multitud de los creyentes formaba un solo corazón," hasta que á la hora prefijada vése levantar un estandarte: de todas partes acuden á él los peregrinos que lo conocen; despliegan las banderas, se forman y desfilan entonando el canto de despedida. Cada uno de ellos hace su provisión de agua de la fuente milagrosa, y cada uno lleva un pequeño tesoro de cosas devotas, á fin de pagar la peregrina-

ción á los de su familia; algunos llevan la garganta y el cuerpo adornados con grandes rosarios; no hay quien no parta bendiciendo á Dios, con el alma purificada por la palabra del Señor, por las oraciones y por los Sacramentos. Se van, y con frecuencia vuelven, para mirar otra vez la colina bendita sobre la cual surge la iglesia, con el deseo de pasar otro día, inundado por los puros goces de los pensamientos celestes y de las esperanzas inmortales.

—¿Ninguno pasa más de un día?

—Muchísimos. A veces las caravanas que han peregrinado desde muy lejanas regiones, no se contentan con uno solo, y pernoctan. Entonces al caer el día, en el templo, en la escalinata, en las calles de árboles, en los senderos, en los alrededores resplandecen mil luces, porque los peregrinos de grupo en grupo suben y bajan cantando himnos, con hachas encendidas en la mano. Otros, entre tanto, velan en oración en el templo, alternándola con el canto de laudes, mientras los sacerdotes perdonan en nombre de Dios á los que se confiesan; otros se reúnen para enaltecer á la Virgen delante de la gruta de la visión. Son noches que se deben haber visto para formar concepto de ellas. Quien las con-

templára desde un poyo vecino, creería concurrir á una danza de celestiales espíritus, bajados con el fin de hacer la corte á su Reina divina. ¡Y pensar que todo esto hace pocos años era un desierto! Una palabra de María bastó para convertir el desierto en una mansión de los creyentes del mundo entero. Ibais buscando pruebas de la visión; ¡he aquí una que había olvidado!

—¡Qué! dijo el joven: ¿también pidió las peregrinaciones la Virgen?

—Sin duda, respondió el misionero; y vos, sin saberlo, correspondeis á esa invitación suya. "Se debe venir aquí en procesión," dijo la Virgen á la pastora. Las procesiones comenzaron entonces, y nos conducen ahora ciento cincuenta mil peregrinos todos los años. . . . Mas es tiempo (dijo entonces el misionero, mirando el reloj) es tiempo que descendamos á la gruta.

Recobróse Jhon, como también su madre y sus hermanas, que, pendientes de los labios del sacerdote, no pensaban en cosa alguna. Lo seguían silenciosos y conmovidos por un sentimiento de reverencia á la Virgen, que despertaran en ellos las persuasivas frases pronunciadas. Julia decía en su interior:—¡Oh, si se realizase hoy

en el santuario una curación estupenda! ¡Qué gracia sería para mis pobres protestantes, que tienen espíritu tan recto! ¿Quién sabe?—No pudiendo contener más la viveza de sus ansias, preguntó al sacerdote:—¡Oh! ¿No podría darse hoy el caso de algún suceso prodigioso?

—Todo puede ser, respondió el ministro de Dios; pero no permitais que os domine con demasía este deseo, algo parecido al de Herodes, ansioso de ver á todo trance un milagro. Nuestra fé no debe descansar sobre los milagros presentes: tenemos á Moisés y á los Profetas, es decir, al Verbo de Dios, que indefectiblemente habla en su Iglesia; el que á ella no se rinde, no se rendiría, de seguro, aunque viera resucitar á un muerto.

Oía John con unas orejas de á palmo: medio burlándose y medio mordiéndose los labios, entrometiéndose preguntando:—¿No sería posible que la presencia de protestantes impidiese los milagros?

—¿Quereis suponer, por ventura, respondió el misionero, que los milagros se realizan sólo delante de gente crédula que no discute? Si es así, estais en un error; porque si bien los portentos se otorgan con

más frecuencia en medio de los infieles, es verdad asimismo que aun entre los católicos no faltan incrédulos, ni apóstatas, ni espíritus que se llaman fuertes, por estar fuertemente obstenidos en su obtusa ignorancia de la religión: la misericordia de Dios dispone á veces que aun delante de éstos se manifieste la gloria del prodigio; considerad, pues, si la presencia de protestantes honrados y de buena fé puede ser un obstáculo para un acontecimiento milagroso. Si este día está predestinado para cualquier portentoso, acaecerá sin falta, presentes ó ausentes vosotros. Oireis de pronto lo que tantas veces he oído yo; alzarse un rumor en un grupo de fieles, cerca de la gruta, á la puerta del baño, que ha venido á ser cosa mejor que la probática piscina de Jerusalén: entre el rumor, y las voces, y las aclamaciones, oireis gritar: "¡Milagro! ¡Milagro!" Y el milagro será un hecho.

Esta vez no hubo milagro. John vió á la multitud de los peregrinos llenar la gruta y sus alrededores, prosternarse, besar el suelo, hacer oración, dar todas las señales de la más fervorosa confianza en María, enarbolar luego nuevamente la bandera, subir en procesión al templo, para

saciar el ansia de oír el oficio sagrado.— Nada de nuevo, dijo John á Julia, después que aquellos hubiéronse marchado.— Y saliendo de la gruta, emprendió con los suyos la vuelta de Lourdes. Aun no habíase alejado cien pasos, cuando, mirando la fotografía de la gruta:—¡Toma! dijo á su madre, aún no la he confrontado con el original. Tened paciencia cinco minutos: voy y vuelvo; quíerome asegurar de que tengo la verdadera Gruta de Lourdes. La pondremos después en el *álbum* universal, con las notas de miss Julia.—Esto dicho, corriendo retrocedió, acompañándole su madre con una súplica para que volviese pronto.

Pasó á través de la multitud de los devotos, que ya en aquella hora se habían reunido en gran número en torno de la gruta. Vió á un hombre con traje de caballero, único que seguía, no sólo en pie, sino con el sombrero en la cabeza y el cigarro en la boca; irritóle aquel acto irreverente.—Hombre mal educado, le dijo en sus adentros, ¿qué precisión tenías tú de venir á fumar en un grupo de gente que ora?—Pasó más allá. Mientras delante de la gruta iba confrontando cada uno de sus detalles con su fotografía, vió á dos

señoras orando arrodilladas cerca de la fuente milagrosa, y poco después separarse á una y dirigirse al hombre incrédulo. Siguiólas su vista con vivo interés, imaginando que lo conocerían, amonestándole acaso para que mudase de actitud. Tanta fué su curiosidad, que fingiendo que á pedirle iba fuego, acercósele también, y oyó estas precisas palabras:—Señor Max, es preciso que la Virgen os cure. Venid á beber agua milagrosa.

Max se resistía primero, encogiéndose de hombros; pero la mujer insistía tanto más, cuanto menos dócil se presentaba él.—¡Oh! ¿qué dificultad teneis? Hacedlo por mí. . . bebed un poco de agua: es fresquísima y excelente.—El hombre se movió por fin, pensando quizás que si el agua no le hacía bien, tampoco ciertamente le perjudicaría. Acercóse á la pila con talante irónico, y tomó de las manos de la señora el vaso lleno. Lo bebió todo de una vez. Beber, y huir del dorso de su mano una gran lupia, fué obra de un instante.

—¡Dios mio! gritó él, palideciendo de súbito é inclinándose hacia su mujer, que, de las dos mencionadas, era la señora que no se había movido del lugar:—Querida mia, le dijo lleno de agitación: estoy curado.—

—No me importunes, respondió ella recelosa; déjame; no es lugar éste para que te burles de mi fe.

—No me burlo, no: mira; ha desaparecido la lupia.

La mujer apenas sabía dar crédito á lo que observaba, y levantándose restregábase los ojos; no podían menos de creer: la lupia no estaba, y la plancha de plomo que antes la comprimiera, pendía como cosa inútil, á guisa de brazaletes; la piel aparecía sana, sin rastro alguno del mal. Ella y su amiga, que había invitado á Max á beber, cayeron de rodillas, derramando lágrimas de gozo y de gratitud á la Virgen milagrora. El favorecido, por lo contrario, continuaba en pie, blanco como la cal, entontecido y no sabiendo qué hacer de su persona. Habíase descubierto y, arrojado el puro, repetía en alta voz:— ¡Estoy curado, curado de veras! ¡La Virgen me ha curado!—La gente corrió, le atropelló, le rodeó y le importunó; difundióse pronto el grito: “¡Milagro, milagro!” que reunió más gente, aumentándose mucho el rumor. Todos querían ver la mano curada, tocarla, examinarla y congratularse con el hombre á quien había favorecido un portento. Contaba Max á todos

que era el director de orquesta del establecimiento de unas termas de los Pirineos próximos; que aquella mano, ahora tan lisa, estaba poco antes ocupada por un tumor que siempre iba en aumento, impidiéndole manejar el arco, y que había desaparecido el mal en el acto de beber; mostraba el dorso de su mano con la piel entera, las coyunturas sanas y las articulaciones libres.—¡La Virgen me ha curado! repetía.

Al grito de la pública fama también se había presentado aquel misionero favorecedor de los señores Needle. Examinó el hecho brevemente y oyó á los testigos. El testimonio más irrefragable de todos era el señor Max M. ., no desconocido por cierto en el país, á causa de su profesión, ejercida en un lugar próximo sumamente frecuentado. Su mujer y su amiga estaban acordes con él llorando de ternura. Formaba extraño contraste su alegría exuberante con la actitud indecisa y embarazada de Max, que, siendo protestante y libre pensador, no sabía conformarse con la idea de ser un personaje favorecido por el cielo.—Os pido por merced, le dijo el misionero, una leve prenda de gratitud á la Virgen que os ha curado.

—¿Cuál? dijo Max con desconfianza.

—Dadme esta plancha de plomo, que de hoy en adelante será inútil para vos.

—¿Para qué?

—Para suspenderla en el sitio de vuestra curación.

Max deshebilló las correitas, alargó la plancha, y procuró mezclarse entre la multitud (1). Max no había contado con la huésped. Seguía un joven inglés con una curiosidad que llamaremos furiosa. Era John, que había visto con sus ojos todas las escenas del drama; reponiéndose del primer arturdimiento de sagrado terror que había entorpecido sus miembros y cortado su respiración, más fogosamente que los demás circunstantes habíase puesto delante á fin de analizar la mano sanada, recoger noticias sobre la naturaleza y condiciones del mal que acababa de desaparecer, y adquirir la persuasión de un prodigio indudable. Disputando por los milagros en general, había pedido una multitud de cautelas é indagaciones; pero delante de un caso efectivo, habíase hallado

1 Hecho histórico digno del mayor crédito que á un acontecimiento sensible pueden conciliar la fe de los ojos y el testimonio de testigos honrados antes del juicio de la Iglesia, que no queremos prevenir. Lease á Segur, Las Maravillas de Lourdes, cap: XXVII. La plancha pende aun de la pared de la gruta.

como investido de absoluta evidencia por el conjunto de los detalles, cuya ficción era imposible: estaba como fuera de sí por el desaliento.

Cuando conseguía reunirse con Max, hablaba también á su madre, á sus hermanas y Julia, que oyendo los gritos de ¡Milagro! en torno de la gruta, y observando que corría la gente, habíanse movido igualmente y desandaban lo andado, no sin temer que hubiese ocurrido alguna novedad al mismo John. No cuidándose poco ni mucho éste de las preguntas con que le asaltaban, aferró sin ceremonias la mano del desconocido, diciéndole:— Señor, perdonad si os pido una tarjeta vuestra.

John, sumamente jadiante, casi tenía los ojos fuera de sus órbitas. Max, conmovido aún:—¿Porqué no? repuso; si quereis sólo esto, cambiémoslas. . . . Mas para evitar equivocaciones, sabed que no pertenezco á vuestra religión.

—¿Qué quereis decir?

—Que soy protestante, añadió Max.

—¿Vos protestante?

—Para serviros. ¿Os desplace? No cambiemos las tarjetas.

John iba de asombro en asombro y de pasmo en pasmo. Presentó el desconocido

á su madre, diciendo:—Madre mia, el señor concluye de ver aquí curada su mano: lo he observado yo (y se tocaba los ojos con las suyas). . . . ¿es protestante lo mismo que nosotros!

—¡Ah! ¿Son ustedes protestantes? dijo Max: lo celebro.

La señora añadió:—Habreis, señor, rogado con gran insistencia?

—Verdaderamente, contestó Max, no he rogado poco ni mucho: es un caso que no esperaba.

—Contádnolos; decidnos, por merced, cómo ha sido la cosa.

El señor Max contó en breves y secas palabras que su mujer y una amiga de ella, católicas ambas, habíanle invitado á la expedición de placer; que hallándose contemplando las curiosidades de la gruta, habíanle importunado á fin de lograr que bebiera de la fuente, y que habiéndolo hecho, había visto su mano libre de la enfermedad terrible. Esto dicho, cambió su tarjeta con la del joven, y saludando, desapareció. No desapareció tan pronto la profunda impresión que sintieron las protestantes. Temblaba mistress Needle como la hoja de un árbol, y temblando no concluía de hacerse repetir por John los

detalles del milagro, cuya veracidad no podía poner en duda: atónitas, y abierta la boca esenchaban las niñas: Julia, en silencioso éxtasis de gozo, alzaba de vez en cuando los ojos al cielo, unía sus manos en actitud de dar gracias, y suplicaba á Dios y á la Virgen que concluyera la obra comenzada quizás en el corazón de sus amados protestantes.

De pronto dijo la señora:—Veamos de nuevo la gruta.—Entró en ella, se puso de rodillas, y oró circundada de sus hijos. Era la primera vez que una oración espontánea salía de lo más íntimo de su alma, dirigida á la Madre de Dios. Julia, unas veces con el rostro casi en el suelo, y otras tapado entre sus palmas, llenábase de gozo por la oración más dulce de su vida. Al salir todos conmovidos de la sagrada gruta, hallaron nuevamante al referido misionero, con un hombre que traía una escala. Fueron á encontrarle.—¿Qué haceis, reverendo? le preguntó mistress Needle cen cara mucho más risueña que antes.

—Vedlo, repuso el sacerdote, mostrando la plancha de plomo; voy á suspender en la gruta la prueba del milagro.

—¡Ah! ¡Si lo hubiese previsto! exclamó la señora.

—“¡Bienaventurados los que no vieron y creyeron!” Es frase de Jesucristo. Por lo demás, podeis decir en cierto modo que lo habeis visto, esto es, oon los ojos de vuestro hijo. Estaba presente, ¿no es verdad?

—Presente, sí, presente: lo he visto todo, dijo John.

—A lo menos ahora no sospechareis que los ojos de un infiel sean apagadores de los milagros. Este ha sucedido delante de vos, y por añadidura en un infeliz que, habiendo venido sin fe, sin fe se marcha. Pero, ¿quién sabe? Si la gracia que acaba de recibir no le abre los ojos hoy mismo, acaso se los abrirá mañana; si no sirvió para él, servirá para otros. Dios no hace las cosas al acaso, sino siempre con algún proposito digno de su sabiduría.

Mistress Needle quiso tener en su mano la plancha, que se puso á examinar despacio; también las niñas la miraron bien. Era una compresa de metal espeso y pesado, visiblemente doblada y ahondada, con los bordes gastados por el uso. Fué suspendida, estando presentes todos, en la pared del santuario: No sabían apartarse

de aquel lugar de estupores. Al fin la precisión de comer antes de subir de nuevo al coche del camino de hierro, pudo más que la devoción.

LVII.

EL BALANCE DEL VI AJE.

Tres días después de irse á Lourdes, la comitiva de la Nædle desembarcaba en la cala del Puente de Londres. De tan precipitado viajar era causa la misma precisión del descanso, porque la señora prefería llegar en deruchura con un esfuerzo á Parque Verde, para descansar cen inquietud